

### Boletín para Servidores

Guiados por el Espíritu:

#### Desilusión de los servidores

Michelle Moran

#### El servicio y la llamada al martirio

Marcos Volcán

Preguntas a la Comisión  
Doctrinal de ICCRS:

#### ¿Qué quiere decir "Cristo descendió a los infiernos"?

Guiados por el Espíritu:

## Desilusión de los servidores

Michelle Moran



Muchas de las películas más populares son historias de héroes, superhombres o supermujeres que triunfan sobre dificultades y retos. Al final todo sale bien y hay un final feliz. Sería maravilloso si esta fuera la realidad de nuestra vida, pero, por desgracia, las cosas son un poco más complicadas. Para los que ya somos servidores curtidos, sabemos que en medio de las bendiciones a menudo existen problemas, desacuerdos, divisiones y decepciones. Está claro que es imposible evitar totalmente la decepción; sin embargo, quiero sugerir algunas maneras en las que podemos evitar o superar el desaliento y el aparente fracaso.

### Invertir en el futuro

Hace poco estaba hablando con una servidora joven que comenzó diciéndome que no era una muy buena servidora y que quería algunas ideas sobre cómo mejorar. Primero le pregunté qué era lo que le hacía pensar que no era una buena servidora. Decía que cuando se comparaba con la coordinadora del grupo se sentía inepta e incompetente. Decía que su coordinadora era una persona totalmente comprometida con el Señor, de gran oración e integridad, que trabajaba tanto que a veces no tenía tiempo para ella misma. Describía a la coordinadora como una mujer valiente y atrevida que estaba dispuesta a emprender proyectos que eran grandes y exigentes, y que al final era siempre capaz de conseguir los resultados esperados alentando a las personas a trabajar juntas. Cuando le pregunté cuánto tiempo había estado en el servicio su experimentada coordinadora, la servidora joven respondió que veinte años.

No hay duda de que la servidora veterana era una mujer de buen carácter espiritual y temperamento. Era capaz de reunir al equipo y obtener los resultados

deseados. Sin embargo, pareciera que demasiadas cosas dependiesen de ella como coordinadora. Si nosotros como servidores no invertimos en el futuro, muchas obras buenas del Espíritu con el tiempo naufragan y mueren, dejando a las personas desilusionadas y decepcionadas. Obviamente, la servidora ducha era un buen ejemplo, pero su estilo de servicio quizá fallaba en el área de identificar, cultivar y empoderar a la próxima generación de

servidores. La servidora avezada tenía una Timotea a su lado que tenía muchas ganas de aprender. Pero el potencial de la servidora joven no había sido reconocido. No estaba siendo guiada.

### Planificar la sucesión

Los grupos y comunidades prosperan con buenos servidores. Con todo, los servidores sensatos no solo se centran en el presente, miran hacia el futuro y planificando. Los tiempos de cambio y transición en el servicio traen un sentimiento natural de inseguridad. La sucesión en el servicio hay que planearla. Puede ser muy decepcionante para servidores consolidados ver que tantas cosas por las que han trabajado muy duro no crecen cuando hay nuevos servidores. Se necesita una sana continuidad en el servicio y esto sucede cuando los servidores prestan atención a la siguiente generación e invierten en ella.

### Ser uno mismo: servir tal cual como uno es

Mi consejo a la servidora joven fue para afirmarla como persona única que Dios ha creado; como dice el salmo 139 (138): somos un «prodigio». Es evidente que la joven admiraba a su coordinadora y podía aprender mucho de ella. Sin embargo, algunos servidores cometen el error de intentar servir como otras personas, especialmente servidores que admiran y respetan. Esto conduce inevitablemente a la decepción y a menudo al fracaso, porque solo podemos servir como tal cual como somos y esto es, de hecho, nuestro don singular.

Obviamente, podemos aprender de otras personas, pero tenemos que estar preparados para crecer en nuestros dones de servicio particulares, y no para estar siempre comparándonos con otros. Mi regla de oro para los servidores es crecer en el conocimiento de uno mismo: «Conócete y sirve tal cual como eres». Es importante también reconocer que otras personas no siempre son iguales a nosotros: tienen una personalidad, dones y habilidades diferentes. Podemos tener expectativas falsas o irreales de otras personas y esto puede conducir a menudo a la frustración y la decepción.

### Confiar en el Señor

En última instancia el servicio fluye de la respuesta al llamado de Dios. De hecho, es el sentimiento de vocación lo que permite a un servidor perseverar incluso en las dificultades. Servidores famosos en la escritura como Moisés, Jeremías, Jonás, Pedro y Pablo tenían sus propios dones de servicio, junto con sus defectos de personalidad. A todos les faltaban ciertas habilidades. No obstante, estaban preparados para confiar en el Señor, sabiendo que Dios,



**En última instancia el servicio fluye de la respuesta a la llamada de Dios... lo que permite a un servidor perseverar incluso en las dificultades.**



quien los había llamado, no les fallaría. Más que tener miedo a sus propias debilidades e imperfecciones, en fe, creían en la capacidad de Dios para triunfar. Demasiados servidores actúan como si todo dependiera de ellos. El servicio se convierte entonces en una empresa humana, y cuando existen dificultades y retos, la tentación es abandonar. Aquellos que aprenden a confiar en el Señor pueden resistir. Su fuerza se renueva (Is 40, 28-31).

### Confiar en los demás

Uno de los peligros más grandes en el servicio es cuando el servidor piensa que tiene que hacer todas las tareas. Esto puede brotar de la inseguridad o de un sentido distorsionado de lo que significa ser laborioso y diligente. Esto, en última instancia, lo conduce a quemarse o a la ineficiencia. Los servidores pueden desalentarse o simplemente fracasar porque han intentado hacer demasiadas cosas. Jetró tuvo que ayudar a Moisés a aprender la importante habilidad de la delegación. Le dijo: «No está bien lo que haces; se están matando tú y el pueblo que te acompaña. La tarea es demasiado grande y no puedes despacharla tú solo» (Ex 18, 17-18). Fíjense cómo la debilidad o la poca visión del servidor afectan a todo el grupo. Gracias a Dios, Moisés siguió el consejo de su suegro. Como resultado, toda la comunidad se vio reforzada y hubo un sentido de servicio colectivo (Ex 18, 25-26).

Varios de los servidores bíblicos aprendieron también que no es necesario que un servidor tenga todos los dones de servicio. Puede haber una dinámica y una sinergia de servicio maravillosas cuando los servidores trabajan con otros de una manera complementaria. De modo que Moisés y Aarón eran un equipo perfecto, y Pablo y Bernabé fueron, durante un tiempo, un dúo dinámico. Vivieron juntos en Antioquía por un año (Hch 11, 26), fueron apartados por el Espíritu para la misión (Hch 13, 4), experimentaron la persecución (Hch 15, 50) y se ganaron el respeto de todos. Por desgracia, a pesar de todo su celo misionero, resiliencia y fecundidad en el ministerio, después «se produjo una gran tensión, hasta el punto de que se separaron el uno del otro» (Hch 15, 39). Un desacuerdo aparentemente trivial condujo a la separación de una de las parejas misioneras más dinámicas que la Iglesia haya visto jamás.

### Estar en guardia

Aquí nos encontramos con una de las áreas más dolorosas del servicio: la ruptura de relaciones y la división. Esto no solo afecta a los implicados directamente, también afecta a toda la comunidad. Las luchas internas, los conflictos no resueltos y la tensión minan a un grupo y le roban su vitalidad espiritual. Tristemente, algunas personas acaban abandonando sus grupos o ministerios porque están tan desilusionadas y decepcionadas con el comportamiento de sus servidores o la incapacidad de sus servidores de resolver o manejar el conflicto.

Juan 10, 10 dice: «El ladrón no entra sino para robar y matar y hacer estragos». Por supuesto, el enemigo busca atacar a los

servidores estratégicamente. Hay un refrán que dice: «Si un lobo ataca al rebaño, consigue una oveja. Si ataca al pastor, consigue todo el rebaño». San Pablo dijo en su exhortación final a los servidores de Éfeso: «Tengan cuidado de ustedes y de todo el rebaño sobre el que el Espíritu Santo los ha puesto como guardianes...» (Hch 20, 28). Los servidores, por ende, necesitan estar alerta y atentos, comprometiéndose en el combate espiritual por ellos mismos y por su pueblo. Tienen que tener la percepción y el valor de intentar y resolver el conflicto cuando surge. Obviamente, no todo desacuerdo es una crisis; se necesita prudencia para discernir cuándo la «tensión malsana» se está produciendo en el grupo. Sin duda, si nadie se ocupa de ello, con el tiempo estallará como un volcán y todo el mundo saldrá herido.

### Las pruebas conducen al triunfo (Rm 8, 37)

Tristemente, por nuestra disposición humana y pecadora, los conflictos y las divisiones son inevitables. Durante estos tiempos difíciles, el servidor por la decepción natural tiene que recurrir a la gracia del servicio, para conducir a todo el rebaño por la etapa difícil. Esto no es fácil, solo por la gracia de Dios se nos da la capacidad de permanecer firmes bajo presión.

Paradójicamente, a menudo aprendemos las lecciones más profundas en tiempos de aparente fracaso o derrota. Jacob peleó con Dios (Gn 32, 26); el Señor necesitaba enseñarle a Jacob que la verdadera fuerza viene solo por la confianza y el sometimiento. Todo servidor curtido atraviesa por su propia época de prueba y decepción. Es importante recordar que «llevamos este tesoro en vasijas de barro, para que se vea que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no proviene de nosotros» (2 Co 4, 7). No sabemos los detalles de la «espinas en la carne» de Pablo (2 Co 12, 7), pero sabemos que fue algo enviado por el Señor para impedirle que se volviera demasiado orgulloso. El Señor quiere abrirse paso en nuestra autosuficiencia y enseñarnos a depender de él. «Te basta mi gracia: la fuerza se realiza en la debilidad» (2 Co 12, 9). Pablo nos mostró que a través de sus propias dificultades entró en contacto con su debilidad y entonces, por la gracia de Dios, su debilidad se convirtió en su fortaleza: «Porque cuando soy débil, entonces soy fuerte» (2 Co 12, 10). Esperemos que esta palabra nos consuele a todos nosotros en nuestros retos en el servicio. Nos animará para soportar y seguir hacia delante a pesar de las dificultades.

Gracias a Dios, al ir aprendiendo a servir en el poder del Espíritu Santo reconocemos que no todo depende de nosotros. Necesitamos abrazar nuestro llamado al servicio y buscar hacerlo lo mejor posible, y luego rendirnos y confiar en el Señor. Pablo, desde luego, aprendió su lección cuando compartió esta hermosa oración con los efesios: «Al que puede hacer mucho más sin comparación de lo que pedimos o concebimos..., a él la gloria» (Ef 3, 20). 🍷



Dirección postal: Palazzo San Calisto, 00120 Vatican City – Europe  
 Teléfono: +39 06 69 88 71 26/27  
 Fax: +39 06 69 88 72 24  
 Sitio web: www.iccrs.org  
 Correo electrónico: newsletter@iccrs.org

Rogamos que se pongan en contacto con la oficina de ICCRS para obtener permisos de reimpresión. El *Noticario de ICCRS* se puede adquirir gratuitamente por correo electrónico y cuesta 10€ si se desea adquirir por correo postal. El *Boletín de ICCRS para Servidores* se adquiere con una suscripción anual de 15€ por correo electrónico.

El *Boletín de ICCRS para Servidores* es una publicación internacional editada junto con el *Noticario de ICCRS*. Su propósito es proveer información sobre temas decisivos de la RCC.

# El servicio y la llamada al martirio

■ Marcos Volcán



El papa Francisco durante su homilía del 7 de abril de este año habló sobre los mártires de los tiempos modernos: «Estos son la sangre viva de la Iglesia; estos son los que llevan la Iglesia hacia adelante, los testigos; los que prueban que Jesús ha resucitado, y dan testimonio con la coherencia de vida y con el Espíritu Santo que han recibido como don.

Ser cristiano significa ser coherente con lo que se dice, con lo que se hace, con lo que se recibe, aunque dar testimonio del Evangelio signifique correr el riesgo de perder la propia vida.

Hoy todavía vemos a tantas personas viviendo su fe en Jesús en ambientes hostiles, pero es su testimonio el que lleva la Iglesia adelante. Es el testimonio de nuestros mártires de hoy, ¡tantos!, expulsados de sus tierras, desplazados, decapitados y perseguidos, que tienen la valentía de confesar a Jesús hasta el momento de la muerte.

Es el testimonio de aquellos cristianos que viven su vida seriamente y dicen: “Yo no puedo hacer esto, yo no puedo hacer el mal al otro; yo no puedo engañar; yo no puedo conducir una vida a medias, yo debo dar mi testimonio”».

Con esas palabras el papa Francisco indica el camino que un verdadero servidor en la Iglesia debería seguir: coherencia con su fe y valentía para testimoniarla con parresía, sin miedo de aquellos que pueden quitar la vida, pero no pueden separarnos del amor de Dios.

«En cambio, recibirán la fuerza del Espíritu Santo que va a venir sobre vosotros y serán mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría y hasta el confín de la tierra» (Hch 1, 8). Del Espíritu Santo es de quien recibimos la fuerza para dar testimonio de nuestra fe. El Espíritu Santo es «el amor de Dios» que «ha sido derramado en nuestros corazones» (Rm 5, 5), que fortalece con poder nuestro hombre interior para que Cristo habite por la fe en nuestros corazones, y seamos arraigados y cimentados en el amor. Así que estamos en condiciones para comprender cuál es la anchura y la longitud, la altura y la profundidad, y conocer el amor de Cristo que excede todo conocimiento, para que seamos llenados de toda la plenitud de Dios, cuyo poder, actuando en nosotros, es capaz de ir mucho más allá, infinitamente más allá, de todo lo que podemos pedir o concebir (cf. Ef 3, 16b-20).

El testimonio de los mártires de todos los tiempos es el de personas conducidas por el amor, amor por Dios y por el hombre, y que no permitirán ser engañados por la opinión de la mayoría.

San Juan Pablo II en su homilía durante la canonización de Edith Stein el 11 de octubre de 1998 dijo: «La experiencia de esta mujer, que afrontó los desafíos de un siglo atormentado como el nuestro, es un ejemplo para nosotros: el mundo moderno muestra la puerta atractiva del permisivismo, ignorando la puerta estrecha del discernimiento y de la renuncia. [...] Eviten concebir su vida como una puerta abierta a todas las opciones. Escuchen la voz de su corazón. No se queden en la superficie; vayan al fondo de las cosas. Y cuando llegue el momento, tengan la valentía de decidirse. El Señor espera que pongan su libertad en sus manos misericordiosas».

Esas palabras deberían orientar la vida de todos los cristianos, especialmente la de los servidores que han de repetir constantemente para sí mismos: «Eviten concebir su vida como una puerta abierta a todas las opciones. Escuchen la voz de su corazón».

En su homilía por la canonización de Maximiliano Kolbe, Juan Pablo II dijo que su muerte «era el claro testimonio dado a Cristo: el testimonio dado en Cristo para la dignidad del hombre, para la santidad de su vida y para el poder salvífico de la muerte, en el cual se manifiesta el poder del amor. Es por ello que la muerte de Maximiliano Kolbe se volvió un signo de victoria. Fue esta la victoria sobre el sistema del desprecio y del odio hacia el hombre y hacia lo que hay de divino en el hombre, victoria similar a aquella de nuestro Señor Jesucristo sobre el Calvario».

En el mundo de hoy, cuando tantos son privados de la dignidad y de la santidad de sus vidas —tomemos, por ejemplo, la situación de los refugiados y de los emigrantes—, nosotros como cristianos estamos llamados a defender a esas personas, incluso a costa de la aprobación de la sociedad que nos rodea; nosotros tenemos que ser valientes para colocarnos contra «el sistema del desprecio y del odio hacia el hombre», según las palabras de Juan Pablo II.

Todos los fieles cristianos, y especialmente los servidores, estamos llamados «a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad» (LG 40).

En la carta apostólica *Novo millennio ineunte* Juan Pablo II nos llama a una «formación en la santidad». Y si miramos la vida de los mártires de todos los tiempos, veremos que su martirio fue la culminación de una vida vivida en santidad y formación para la perfección en el amor.

En la misma carta apostólica el entonces papa y ahora santo también dijo: «Los caminos de la santidad son múltiples y adecuados a la vocación de cada uno. Doy gracias al Señor que me ha concedido beatificar y canonizar durante estos años a tantos cristianos y, entre ellos a muchos laicos que se han santificado en las circunstancias más ordinarias de la vida. Es el momento de proponer de nuevo a todos con convicción este “alto grado” de la vida cristiana ordinaria. La vida entera de la comunidad eclesial y de las familias cristianas debe ir en esta dirección. Pero también es evidente que los caminos de la santidad son personales y exigen una pedagogía de la santidad verdadera y propia, que sea capaz de adaptarse a los ritmos de cada persona» (NMI 31).

Esas palabras dirigidas a nosotros por un santo, y mártir a su manera, apuntan en la dirección que hemos de seguir para estar preparados para responder a las circunstancias de nuestra vida y a los desafíos del mundo de hoy con responsabilidad y compromiso de verdaderos cristianos; personas llenas de Espíritu Santo que nunca tienen miedo a sacrificar su propia vida en respuesta al amor de Dios revelado a nosotros por Jesucristo. Arraigados en él, edificados en él y apoyados en la fe, tal como nos enseñaron (cf. Col 2, 7), nosotros también podremos dar testimonio al mundo de que el martirio no es una derrota, sino una victoria, ¡la victoria del amor!

Comencé citando al papa Francisco y me gustaría terminar repitiendo lo que él dijo: «Ser cristiano significa ser coherente en lo que se dice, en lo que se hace, en lo que se recibe, aunque dar testimonio del Evangelio signifique correr el riesgo de perder la propia vida».

«Pues el mensaje de la cruz es necesidad para los que se pierden; pero para los que se salvan, para nosotros, es fuerza de Dios» (1 Co 1, 18). 🕯



## PREGUNTAS A LA COMISIÓN DOCTRINAL DE ICCRS

La Comisión Doctrinal de ICCRS, actualmente presidida por la Dra. Mary Healy, consulta con teólogos y especialistas de todo el mundo.

Si tiene alguna pregunta sobre la RCC, envíela a [newsletter@iccrs.org](mailto:newsletter@iccrs.org)

# ¿Qué quiere decir “Cristo descendió a los infiernos”?

Cuando el credo de los apóstoles afirma que Cristo «descendió a los infiernos» no explica por qué ni de qué manera. Sin embargo, como parte del misterio pascual, establecido entre la cruz y la resurrección, el descenso a los infiernos debe tener un significado para nuestra salvación. Explicaremos las tres maneras principales en que esto forma una parte central en la acción salvadora de Cristo y luego añadiremos un comentario final.

No obstante, antes de eso, debemos comprender que aunque en español solo tenemos una palabra para infierno, la Biblia tiene al menos dos: *hades* (*seol* en hebreo) y *gehenna*.

*Seol* es el «lugar» de los muertos, que son como sombras separadas de los vivos y de Dios (Sal 6, 6; 88, 11-13), pero que pueden en algunos casos esperar la llegada del Salvador. Se pensaba que el *seol* estaba en las «regiones inferiores», «bajo la tierra».

*Gehenna*, por otra parte, es un «lugar» de fuego y sufrimiento para los condenados —aquellos que han rechazado la salvación de Cristo de una manera definitiva (véase Mt 13, 40. 50; 18, 8-19)— y para el diablo y los demonios (véase Mt 25, 41). La Iglesia enseña que desde el «infierno», en este segundo sentido, no hay regreso, porque aquellos que están allí han tomado una decisión definitiva contra Dios (véase CIC 1035).

El primer significado del descenso de Cristo al infierno es que verdaderamente murió y al hacerlo venció a la muerte. Las Escrituras dicen poco sobre el descenso al infierno, pero cuando lo hacen, se refieren al *seol*, el lugar de muerte: «pues tres días y tres noches estará el Hijo del hombre en el seno de la tierra» (Mt 12, 40); Cristo «había bajado a lo profundo de la tierra» (Ef 4, 9). *Hechos* 2, 27 pone en labios de Cristo las palabras del salmo 16, dirigido a Dios: «Porque no me abandonarás en el lugar de los muertos, ni dejarás que tu Santo experimente corrupción», implicando que estará en el *seol*. Por eso, el Nuevo Testamento a menudo afirma que Cristo «resucitó de entre los muertos» (Hch 4, 10; 13, 34; Rm 8, 11; 10, 7-9; 1 Co 15, 20; Hb 13, 20).

El descenso al infierno significa que Cristo murió y en verdad compartió la experiencia humana de la muerte. Así como cargando con nuestros pecado en la cruz nos libera del pecado, así también entrando en el reino de la muerte y siendo resucitado por el Padre vence a la muerte, «el último enemigo en ser destruido» (1 Co 15, 26; CIC 636). Las puertas del reino de la muerte han sido abiertas, la muerte ya no tiene la última palabra. Desde luego, sin la resurrección el descenso de Cristo al infierno no tendría sentido alguno, pero como parte del misterio pascual en su conjunto es la fuente de toda victoria sobre la muerte y sobre las pequeñas «muertes»

e «infiernos» de nuestra vida diaria; sobre el «miedo a la muerte», que de otro modo nos mantiene «la vida entera como esclavos» (Hb 2, 15).

El segundo significado del descenso de Cristo al infierno es la victoria sobre el diablo. No se dice que Cristo descendió al *gehenna*. Se dejó abatir por el poder de la muerte, y compartió la condición de muerto, pero es inconcebible que se pusiera bajo el poder del diablo y compartiera el destino de aquellos que rechazan a Dios, bien sea los condenados o los demonios (CIC 633; 636). Sin embargo, en tanto que el diablo es el «señor de la muerte» (Hb 2, 14), vencer a la muerte significa vencerlo a él. En este sentido, el descenso al reino de la muerte es la manera definitiva para Cristo de «entrar en la casa del fuerte», la casa del mal, y «atar al fuerte» (véase Mt 12, 29; Lc 11, 21-22; véase Benedicto XVI, Jesús de Nazaret, I, p. 20). Una vez más, como parte del misterio pascual en su conjunto, el descenso de Jesús es la fuente de todos los límites puestos al poder del diablo, y de todas las victorias sobre los espíritus malignos.

En estos dos primeros sentidos, la victoria de Jesús sobre la muerte y el diablo concierne a toda la raza humana de todo tiempo y lugar. Un tercer significado del descenso de Cristo al infierno, sin embargo, es que trae salvación de una manera más específica para los justos que vivieron y murieron antes que él. Desde muy pronto, los padres de la Iglesia se preguntaron cómo la salvación podía alcanzar a los que precedieron a la venida del Salvador. El descenso al infierno trajo la respuesta, porque Cristo podía así tocar a aquellos que estaban en el *seol* esperando su venida en fe: «Pues para esto se anunció el Evangelio también a los que ya están muertos» (1 Pe 4, 6; CIC 633-634; 637). Algunos iconos representan muy bellamente a Cristo, después de haber derribado las puertas del infierno, agarrando a Adán por la muñeca para arrancarlo del abismo de la muerte.

Se puede añadir un cuarto significado que puede contribuir a nuestra vida espiritual. Aunque la crucifixión y las apariciones del Señor resucitado son momentos visibles del misterio pascual, el descenso al infierno sucede fuera del alcance de la percepción humana. De eso se hace eco la Iglesia latina por un día de «silencio»: ninguna celebración litúrgica habla de este momento de la acción salvadora o está específicamente dedicado a él. Así se nos recuerda que gran parte de la obra de Cristo en nosotros sucede a un nivel demasiado profundo para que lo podamos percibir: en períodos en los que no sentimos nada es bueno recordar que él puede estar más activo que nunca, en los rincones más recónditos de nuestro ser, para destruir el mal de raíz y liberarnos. 🕯